

minotauro

# PHILIP K. DICK

VALIS



# PHILIP K. DICK

VALIS

minotauro

Título del original en inglés: *Valis*  
Traducción de Rubén Maserá  
Revisión de Manuel Figueroa

Extractos de *The Pre-Socratics*, de Edward Hussey; © 1972 Edward Hussey. Con permiso de Charles Scribner's Sons. // Extractos de la Introducción a *Lao Tse: Tao Te Ching*, trad. de D. C. Lau; © 1963 D. C. Lau. Con permiso de Penguin Books Ltd. // Extractos de *The Nag Hammadi Library* en inglés, «On the Origen of the World», James M. Robinson, ed.; trad. de Hans-Gebhard Bethge y Orval S. Wintermute; © 1977 E. J. Brill, Leiden, Nederland. Con permiso de Harper & Row. // Extractos de *Our Oriental Heritage*, de Will Durant; © 1935; © 1963 Will Durant. Con permiso de Simon & Schuster, una división de Gulf and Western Corporation. // Extractos de *A Scanner Darkly*, de Philip K. Dick; © 1977 Philip K. Dick. Con permiso de Doubleday and Company, Inc. // Extractos de «Gnosticism», de *The Encyclopedia of Philosophy*, de Hans Jonas; Paul Edwards, editor jefe; © 1967 Macmillan, Inc. Con permiso del editor. // Extractos de «On Death and Its Relation to the Indestructibility of Our True Nature», de *The Will to Live; Selected Writings of Arthur Schopenhauer*, de A. Schopenhauer, selec. de Richard Taylor; © 1962 Doubleday and Company, Inc. Con permiso del editor. // Extractos de *The New Encyclopaedia Britannica*; © 1980. Con permiso del editor. // Extractos de *Protestantism*, de J. Leslie Dunstan; © 1961 J. Leslie Dunstan. Con permiso de George Braziller, Inc.

© 1968, Philip K. Dick. Copyright renewed  
© 1996, Laura Coelho, Christopher Dick and Isa Hackett. All rights reserved. 1996

© Editorial Planeta, S. A., 2001  
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona  
www.edicionesminotauro.com  
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0736-5  
Depósito legal: B. 2.354-2020  
Preimpresión: María García

Impreso en España  
*Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)  
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

# 1

El quebranto nervioso de Amacaballo Fat comenzó el día en que recibió la llamada telefónica de Gloria para preguntarle si tenía algunas píldoras de Nembutal. Él intentó averiguar para qué las quería y ella le explicó que tenía intención de matarse. Estaba llamando a todos los que conocía. Ya había recolectado cincuenta, pero no quería fallar y necesitaba otras treinta o cuarenta.

Inmediatamente Amacaballo Fat dedujo que esta era la manera en que ella estaba pidiendo ayuda. Desde hacía años Fat venía teniendo la fantasía de que él era capaz de ayudar a la gente. En una oportunidad su psiquiatra le había dicho que para mejorar tendría que hacer dos cosas: abandonar la droga (cosa que no había hecho) y dejar de intentar ayudar a la gente (todavía lo intentaba).

A decir verdad, no tenía píldoras de Nembutal. No tenía somníferos de ninguna especie. Nunca los consumía. Consumía estimulantes. De modo que no le era posible darle somníferos a Gloria para que se matara. De cualquier manera, no lo habría hecho aun cuando hubiera podido.

—Tengo diez —dijo. Porque si le hubiera dicho la verdad, ella habría colgado.

–Entonces iré a tu casa –dijo Gloria con una voz racional y serena, el mismo tono en que le había pedido las píldoras.

Él se dio cuenta entonces de que ella no estaba pidiéndole ayuda. Quería morir. Estaba loca. Si no lo estuviese habría comprendido que necesitaba disimular, pues de este otro modo él se convertía en un cómplice. Para complacerla tendría que haberle deseado la muerte. No había motivo para que él –o para que cualquier otro– deseara semejante cosa. Gloria era una mujer gentil y civilizada, pero consumía demasiado ácido. Era obvio que desde la última vez que tuvo noticias de ella, seis meses atrás, el ácido le había estragado la mente.

–¿Qué has estado haciendo? –le preguntó.

–Estuve en el Hospital del Monte de Sion en San Francisco. Traté de suicidarme y mamá me internó. Me dieron de alta la semana pasada.

–¿Te has curado? –dijo Fat.

–Sí –contestó ella.

Ese fue el momento en que Fat empezó a volverse loco. No lo advirtió entonces, pero había sido arrastrado a un inenarrable juego psicológico. No había escapatoria. Gloria Knudson no solo había estropeado su propio cerebro; ahora estaba trastornándolo a él, su amigo. Probablemente había hecho lo mismo con seis o siete personas más, todos amigos que la querían, en conversaciones telefónicas similares. Sin dudar había destruido también a su madre y a su padre. Fat oyó en la voz racional de Gloria el acorde del nihilismo, el tañido del vacío. No estaba tratando con una persona; al otro extremo de la línea telefónica había un arco reflejo.

No sabía entonces que volverse loco es una respuesta adecuada a la realidad. Oír que Gloria pedía racionalmente la muerte era inhalar un virus contagioso.

Como en una de esas trampas chinas para dedos: cuanto más intentas librarte, más aprieta la trampa.

—¿Dónde estás ahora? —le preguntó.

—En Modesto. En casa de mis padres.

Él vivía en el condado de Marín, a varias horas de coche. Muy pocas razones podrían haberlo impulsado a hacer semejante viaje. Esta era otra prueba de locura: tres horas de viaje de ida y tres de vuelta por diez píldoras de Nembutal. ¿Por qué sencillamente no estrellar el automóvil? Gloria ni siquiera cometía ese acto irracional racionalmente. Gracias, Tim Leary, pensó Fat. Tú y tu promoción del éxtasis de la conciencia expandida por medio de la droga.

No sabía entonces que estaba transitando por ese mismo camino. Esto sucedía en 1971. En 1972 se encontraría en Vancouver, al norte, en la Columbia Británica, luego de intentar suicidarse, solo, pobre y asustado en una ciudad extranjera. Por ahora se le ahorraba ese conocimiento. Todo lo que quería era atraer a Gloria al condado de Marín para poder ayudarla. Una de las mayores muestras de la clemencia de Dios es la de mantenernos en una perpetua ignorancia acerca de nuestro futuro. En 1976 (fracasado el intento de suicidio en Vancouver), totalmente enloquecido de dolor, Amacaballo Fat se cortaría la muñeca, tomaría cuarenta y nueve tabletas de digital de alta graduación y se encerraría en un garaje con el motor del automóvil en marcha; también entonces fracasaría. Bien, el cuerpo tiene poderes que la mente desconoce. Sin embargo, la mente de Gloria ejercía un dominio total sobre su cuerpo; estaba *racionalmente* loca.

Casi toda locura puede identificarse con lo extravagante y lo teatral. Uno se pone una sartén en la cabeza, una toalla alrededor de la cintura, se pinta la cara de

púrpura y sale a la calle. Gloria estaba tan serena como siempre; cortés y civilizada. Si hubiera vivido en la antigua Roma o en el Japón, habría pasado inadvertida. Muy probablemente no perdería la capacidad de conducir. Se detendría ante todas las luces rojas y no excedería los límites de velocidad... mientras venía a buscar las diez píldoras.

Yo soy Amacaballo Fat y estoy escribiendo esto en tercera persona con el propósito de alcanzar una muy necesitada objetividad. No amaba a Gloria Knudson, pero me gustaba. En Berkeley ella y su marido habían dado fiestas elegantes y siempre nos invitaban a mi mujer y a mí. Gloria se pasaba horas preparando bocadillos y servía diversas clases de vino; se vestía cuidadosamente y estaba encantadora con su pelo rizado y corto de color arena.

De cualquier manera, Amacaballo Fat no tenía Nembutal, y una semana más tarde, Gloria se arrojó desde una ventana del décimo piso del edificio Synanon en Oakland, California, y se hizo pedazos contra el pavimento del bulevar MacArthur. Amacaballo Fat continuó la insidiosa y prolongada caída en la desdicha y la enfermedad, la especie de caos que según los astrofísicos es el destino que aguarda al universo. Fat se había adelantado a su tiempo, se había adelantado al universo. Terminó por olvidar el acontecimiento que había iniciado esa precipitación en la entropía; Dios, misericordioso, nos oculta el pasado tanto como el futuro. Durante dos meses, después de enterarse del suicidio de Gloria, lloró, miró la televisión y tomó más drogas... y empezó a estropeársele el cerebro, pero él no lo sabía. Infinita es la clemencia de Dios.

En realidad, un año antes Fat había perdido a su mujer: enfermedad mental. Era como una epidemia.

Nadie sabía en qué medida aquello era consecuencia de la droga. Por ese tiempo en los Estados Unidos —de 1960 a 1970— y en ese lugar, la zona de la Bahía del Norte de California, todo estaba completamente podrido. Lamento decirlo, pero es la verdad. Los términos delicados y las teorías sofisticadas no pueden ocultar ese hecho. Los perseguidores se volvieron tan psicóticos como los perseguidos. Querían eliminar a todos aquellos que no fueran clones del *establishment*. Los odiaban. Fat había visto policías que lo miraban con la ferocidad de un lobo. El día que trasladaron de la cárcel del condado de Marin a Angela Davis, la marxista negra, las autoridades desmantelaron todo el centro cívico. Querían evitar problemas con los grupos radicales. Se paralizaron los ascensores; las placas de las puertas contenían información falsa; el fiscal del distrito se escondió. Fat vio todo eso. Había ido allí para devolver un libro a la biblioteca. Al pasar por el arco electrónico de entrada, dos polis desgarraron el libro y unos papeles que Fat llevaba consigo. Se quedó perplejo. Todo ese día lo dejó perplejo. En la cafetería un poli armado miraba comer a la gente. Fat volvió a casa en taxi, asustado de su propio coche, y preguntándose si no estaría loco. Lo estaba, pero también todos los demás.

Soy, de profesión, escritor de ciencia ficción. La fantasía es mi empresa. Mi vida es una fantasía. No obstante, Gloria Knudson yace en una caja en Modesto, California. En mi álbum de fotografías hay una foto de las coronas del funeral. En colores, que permiten apreciar la belleza de las coronas. En último término hay un VW aparcado. Se me ve entrando furtivamente en el coche en mitad del servicio. Me es imposible seguir aguantando.



Después del servicio junto a la tumba, el exmarido de Gloria, Bob, yo y algún entristecido amigo de él –y ella– tuvimos un tardío almuerzo en un restaurante elegante de Modesto, no lejos del cementerio. La camarera nos hizo sentar en la parte trasera porque los tres parecíamos hippies, a pesar de llevar traje y corbata. Nos importó un comino. No recuerdo de qué hablamos. La noche anterior Bob y yo –quiero decir Bob y Amacaballo Fat– fuimos a Oakland a ver el film *Patton*. Algo antes del servicio de inhumación, Fat conoció a los padres de Gloria. Como la hija fallecida, ellos también eran gente amable. Varios amigos de Gloria estaban de pie, en el trillado cuarto de estar estilo rancho de California, recordando a quien allí los reunía. Por supuesto, la señora Knudson se había maquillado en exceso; las mujeres siempre se maquillan demasiado cuando alguien muere. Fat acarició a Presidente Mao, el gato de la muchacha muerta. Recordó los pocos días que Gloria había pasado en la casa de él, después del inútil viaje en busca del Nembutal inexistente. Ella había recibido la revelación de la mentira con cierto aplomo, casi con neutralidad. Cuando uno va a morir no se preocupa por menudencias.

–Me las tomé –le había dicho Fat, acumulando mentira sobre mentira.

Decidieron ir a la playa, la gran playa oceánica de la península de Point Reyes. En el VW de Gloria, con Gloria al volante (ni por un momento pensó que podía ocurrírsele acabar con él, ella y el automóvil), y una hora después estaban sentados juntos en la arena fumando marihuana.

Lo que Fat quería saber sobre todo era por qué intentaba matarse. Gloria llevaba unos vaqueros desteñidos por múltiples lavados y una camiseta sin mangas

cuya parte delantera exhibía la cara maliciosa de Mick Jagger. El contacto con la arena era agradable y ella se descalzó. Fat observó que tenía las uñas pintadas de rosa y los pies muy cuidados. Pensó que Gloria moría como había vivido.

—Ellos me robaron mi cuenta bancaria —dijo Gloria.

Al cabo de un momento, el tono mesurado y la lucidez con que enunciaba los detalles le hicieron pensar que «ellos» no existían. Gloria desplegó un panorama de locura total e inexorable, una construcción lapidaria. Había completado todos los detalles con herramientas tan precisas como las de un dentista. En lo que ella relataba no había el menor hueco. No pudo encontrar ningún error, excepto, claro está, la premisa según la cual todo el mundo la odiaba y trataba de atraparla; ella era una inútil en cualquier sentido. Mientras hablaba, comenzó a desaparecer. Él miró cómo se iba. Era asombroso. Gloria, en su mesurado estilo, estaba agotando su existencia palabra por palabra. Era racionalidad al servicio de... Bueno, pensó él, al servicio del no ser. La mente se le había convertido en un gran y experto borrador. Todo lo que quedaba ahora de ella era la cáscara; lo que equivale a decir, el cadáver deshabitado.

Aquel día en la playa se dio cuenta de que ya estaba muerta.

Después de haber fumado toda la marihuana, echaron a andar y comentaron las algas y la altura de las olas. En lo alto graznaban las gaviotas navegando como veleros. Unas pocas gentes estaban sentadas o caminaban por la arena aquí y allá, pero la playa, en lo fundamental, estaba desierta. Los letreros anunciaban corrientes de fondo. Fat era incapaz de imaginar por qué Gloria simplemente no se internaba mar adentro. Era

sencillo: no le entraba en la cabeza. Ella solo podía pensar en el Nembutal que le hacía falta todavía o que imaginaba que le hacía falta.

–De los álbumes de los Dead el que prefiero es *Workingman's Dead* –dijo Gloria a cierta altura–. Pero no tendrían que abogar por el consumo de cocaína. Hay muchos niños que escuchan rock.

–No están abogando por nada. La canción solo es sobre alguien que la toma. Y que, entre paréntesis, le provoca la muerte; hace que el tren se estrelle.

–Pero por eso me metí en las drogas –dijo Gloria.

–¿Por los Grateful Dead?

–Porque todos querían que lo hiciera –le dijo Gloria–. Estoy cansada de hacer lo que me dicen los demás.

–No te mates –dijo Fat–. Ven a vivir conmigo. Estoy solo. Realmente me gustas. Inténtalo por un tiempo al menos. Junto con mis amigos trasladaremos tus cosas. Tenemos mucho por hacer, ir a distintos lugares, como hoy a la playa. ¿No se está bien aquí?

Gloria no contestó.

–Realmente, me sentiría muy mal –dijo Fat–. Todo el resto de mi vida, si desapareces.

De ese modo, como lo advirtió más adelante, no le ofreció nada que la impulsara a seguir viviendo. Seguir viviendo se convertiría en un favor a los demás. No habría podido encontrar un argumento peor aunque lo hubiera buscado durante años. Habría sido mejor atropellarla dando marcha atrás al VW. Eso explicaba que las líneas de emergencia a disposición de los suicidas no estuviesen a cargo de papanatas; Fat lo aprendió más tarde en Vancouver, cuando, él mismo un suicida, llamó al Centro de Crisis de la Columbia Británica y recibió los consejos de un especialista. No había la me-

nor relación entre esto y lo que le dijo a Gloria aquel día en la playa.

Deteniéndose para quitarse una piedra pequeña que se le había adherido al pie, Gloria dijo:

–Esta noche me gustaría pasarla en tu casa.

Fat tuvo una visión involuntaria: una escena de sexo.

–Alucinante –dijo, pues así hablaba en aquellos días. La contracultura poseía todo un libro de frases que lindaban con la total carencia de significado. Fat solía enhebrar juntas un buen racimo de ellas. Así lo hizo en aquella ocasión; engañado por su propia carnalidad, se convenció de que había salvado a Gloria.

El juicio de Fat, cuyo valor de cualquier manera no era excesivo, descendió a un nuevo nadir de agudeza. Había una buena persona puesta en la balanza, una balanza que Fat sostenía, y todo lo que se le ocurría era la perspectiva de apuntarse un tanto.

–Podré apañármelas –parloteó mientras caminaban–. Fuera de órbita.

Unos pocos días después, ella estaba muerta. Esa noche durmieron juntos completamente vestidos; no hicieron el amor; a la tarde siguiente Gloria se fue, en apariencia a buscar sus cosas, que habían quedado en casa de los padres en Modesto. No volvió a verla.

La esperó durante unos días, y luego, una noche, el teléfono sonó y era Bob, el exmarido.

–¿Dónde estás en este momento? –le preguntó Bob.

La pregunta lo sorprendió; estaba en su casa; junto al teléfono, en la cocina. La voz de Bob era serena.

–Estoy aquí –dijo Fat.

–Gloria se ha matado hoy –dijo Bob.

Tengo una fotografía de Gloria con Presidente Mao en brazos; está de rodillas, sonrío y le brillan los ojos. Presidente Mao está tratando de escapar. A la izquierda se ve parte de un árbol navideño. En el dorso, la señora Knudson escribió con letra esmerada:

*Conseguimos que agradeciera nuestro amor.*

Nunca llegué a saber si la señora Knudson escribió estas palabras antes o después de la muerte de Gloria. Los Knudson me enviaron la foto por correo –le enviaron la foto a Amacaballo– un mes después del funeral. Fat les había escrito pidiéndoles una fotografía de Gloria. Antes se la había pedido a Bob, que le replicó de muy mal humor:

–¿Para qué quieres una foto de Gloria?

Y Fat no pudo responder.

Cuando Fat me convenció de que empezara a escribir estas páginas, me preguntó por qué Bob Langley se habría enojado tanto. No lo sé. No me importa. Quizá Bob supiera que Gloria y Fat habían pasado una noche juntos y estuviera celoso. Fat solía decir que Bob Langley era un esquizoide; sostenía que el mismo Bob se lo había dicho. Los pensamientos de los esquizoides no están acompañados por los afectos adecuados; padecen lo que se ha llamado la «disecación de sentimientos». No tendría inconveniente en confesarlo. Por otra parte, Bob se había inclinado después de terminar el servicio de inhumación y puso una rosa sobre la tumba de Gloria. Ese había sido el momento en que Fat se había retirado furtivamente hacia el VW. ¿Cuál de las reacciones resulta más adecuada? ¿Fat que llora a solas en el automóvil o el exmarido inclinado con la rosa, sin decir nada, ni manifestar nada aunque haciendo

algo? Fat no contribuyó mucho al funeral, aunque llegó con un ramo de flores que compró durante el viaje a Modesto. Se las había dado a la señora Knudson, quien dijo que eran adorables. Bob las recogió y las llevó fuera.

Después del funeral, en el elegante restaurante donde la camarera los había puesto en un rincón apartado, Fat le preguntó a Bob qué había estado haciendo Gloria en Synanon, pues él pensó que ella había ido a recoger unas cosas para volver al condado de Marin e instalarse en su casa.

—Carmina la convenció de que fuera a Synanon —dijo Bob. Ese era el nombre de la señora Knudson—. Por la adicción a la droga.

Timothy, el amigo que Fat no conocía, dijo:

—Por cierto, no la ayudaron mucho.

No bien entró Gloria por la puerta principal del Synanon, le aplicaron el siguiente tratamiento: mientras esperaba sentada a que la entrevistaran, alguien se le acercó y le dijo que era muy fea. La persona que pasó luego se ocupó de informarle que tenía el pelo como un nido de ratas. Gloria siempre había sido susceptible a lo que decían de su cabello rizado. Le habría gustado que fuera largo como todos los demás cabellos de la tierra. El efecto de lo que le hubiera dicho el tercer miembro del Synanon habría sido algo discutible, pues por entonces Gloria había subido ya al décimo piso.

—¿Esos son los métodos del Synanon? —preguntó Fat.

Bob le explicó:

—Es una técnica para quebrantar la personalidad. Una terapia fascista que hace que la persona se vuelva por entero hacia fuera y dependa enteramente del gru-

po. Luego pueden construir una nueva personalidad que no dependa de la droga.

—¿No advirtieron que era una suicida? —preguntó Timothy.

—Claro que sí —dijo Bob—. Ella les había telefonado y había hablado con ellos; sabían cómo se llamaba y por qué estaba allí.

—¿Hablaste con ellos después? —preguntó Fat.

Bob explicó:

—Los llamé y pedí hablar con algún directivo y le dije que habían matado a mi mujer; el tío me dijo que fuera a verlos y les enseñara cómo manejar a un suicida. Estaba tan aterrado que me dio lástima.

Fat llegó a la conclusión de que Bob tampoco estaba muy bien de la cabeza. Sentía lástima por Synanon. Estaba desquiciado. Todos estaban desquiciados, incluida Carmina Knudson. En California del Norte no quedaba ni una persona cuerda. Era tiempo de largarse a otro lugar. Permaneció sentado comiendo la ensalada y preguntándose adónde ir. Fuera del país. A Canadá, como los que protestaban contra el reclutamiento. Él, personalmente, conocía a diez tipos que habían escapado a Canadá para no ir a combatir en Vietnam. Era probable que en Vancouver se topara con media docena de personas conocidas. Se suponía que Vancouver era una de las ciudades más hermosas del mundo. Un puerto importante, como San Francisco. Podía comenzar la vida de nuevo y olvidar el pasado.

Mientras estaba allí sentado jugueteando con la ensalada, se le ocurrió que Bob no había dicho «Gloria se ha matado», sino «Gloria se ha matado hoy», como si hubiera sido inevitable que se matara un día u otro. Quizás esta suposición era lo que la había llevado a suicidarse. Le habían puesto un plazo como si estuviera

haciendo un examen de matemáticas. ¿Quién era en realidad el loco? ¿Gloria, él (probablemente él), el ex-marido, o todos ellos juntos, toda la zona de la Bahía? No locos en el sentido amplio del término, sino en su estricto sentido técnico. Recordemos que uno de los primeros síntomas de la psicosis consiste en pensar que uno quizá se esté volviendo psicótico. Es otra trampa china. No se puede pensar en la locura sin convertirse en parte de ella. Por pensar en la locura Amacaballo Fat estaba cayendo gradualmente en la locura.

Ojalá yo hubiera podido ayudarlo.